

Poder, género y autoría

Narrativas latinoamericanas sobre caudillos*

CARLOS ZURITA**

Samir Amin señaló alguna vez que el más relevante aporte latinoamericano al pensamiento sociológico del siglo pasado fue la teoría de la dependencia. Quizá se podría sugerir que, en lo que se refiere a los mundos de la literatura, una de las contribuciones más sustantivas de los autores de la región hayan sido las novelas de caudillos. En rigor, sobre este último aspecto mucho ya se ha escrito, como lo señalan Sylvia Molloy en la *Presentación* de la obra y la propia autora del libro, quien al comienzo comparte con franqueza la inquietante sensación de haber sentido que ya no había nada nuevo que decir sobre la temática. Sin embargo tal sensación, por otra parte normal en estos tiempos post-barthesianos, resultó infundada, ya que en *Cosas de hombres* se descubren no solo muchas cosas nuevas, sino que se asiste a la resignificación de tradicionales perspectivas analíticas.

Más allá de su factura textual y de su densidad interpretativa, de los aciertos estilísticos y hermenéuticos, el libro está colmado de insinuaciones para retomar la persistente, pero nunca acabada cuestión, de las relaciones de la sociología con la literatura. Ya desde los clásicos de la disciplina (v.g. las referencias de Marx a Balzac, los usos de Durkheim de personajes literarios), pasando por los exámenes de Lukács y los aportes de, entre otros, Robert Nisbet, Wolf Lepenies, Howard Becker y Richard Sennett, se ha resaltado la significación que pueden poseer diversos materiales literarios, particularmente los géneros narrativos, en el proceso de construcción del conocimiento sociológico.

El sociólogo como lector: cuando se comporta como tal, qué es lo que busca. Básicamente, fragmentos empíricos, bajo la forma de

* A propósito de *Cosas de hombres. Escritores y caudillos en la literatura latinoamericana del siglo XX*, de Gabriela Polit Dueñas (2008) Beatriz Viterbo Editora.

** Departamento de Sociología, Universidad Nacional de Santiago del Estero.

descripciones de espacios y territorios, de “escenas de vida”, y de personajes que son caracteres, es decir, identidades simbólicas.

Una propuesta analítica

El libro se escribe, se dice, desde diversos registros y distintas voces. Perspectivas de elocución que se diferencian, pero siempre convergen. El necesario tono íntimo y personal del *Prefacio* alejado de toda retórica; la entonación académica pero nunca distante de la *Introducción* que se constituye en un paradigma metodológico sobre la temática; finalmente, el examen desafiante, controversial y siempre sugestivo de las cuatro novelas que Gabriela Polit logra constituir como referencias insoslayables.

Hay tres líneas de indagación que son minuciosamente examinadas. La primera, naturalmente asociada al particular género novelístico sobre el que se focaliza, es la cuestión del *poder* o, más precisamente, de la *dominación*. Para el caso, no solo la dominación política y social, sino personal: las asimetrías en el ámbito claroscuro de la intimidad.

La segunda cuestión, el *género*, no consiste en las habituales reivindicaciones feministas, sino en una singular perspectiva de reflexiones, como sólo pueden encontrarse, quizás, en Nancy Fraser (el género como reclamo de reconocimiento) y en Eduardo Archetti (la construcción de masculinidades)

En el tratamiento de la tercera temática, la *autoría*, se manifiestan algunos de los rasgos más originales del trabajo. Se trata de la recurrente perplejidad pirandelliana. Quién crea a quién, quién antecede. ¿El personaje o el autor? Ambos se necesitan, se requieren. Está el tantas veces recordado caso de las relaciones de Sarmiento con Facundo, en que el vituperio se entrecruza con la fascinación. Siempre hay disputa por el poder autorial. Molloy apunta: “Donde hay caudillo hay escritor que lo escribe, es decir, escritor que se arroga el poder no solo de construirlo sino de criticarlo, de corregirlo, de imponerse a él. Escribir al caudillo es, también escribirse. La novela de caudillo es también fantasmagoría autobiográfica”.

Caudillos y escritores

El libro puede ser apreciado como un notable ensayo crítico, y también en tanto material cartográfico, como una sugerente guía de viaje para internarse en un vasto espacio de escrituras. Polit enumera en el *Apéndice* más de cuarenta novelas y narraciones de un ciclo

que comienza con el Facundo; a lo largo del libro muchas de ellas funcionan como referencias, a veces como sombras, como ecos, a veces como nítidas presencias. Nada queda sin cubrir: también se mencionan dos aportes no latinoamericanos que contribuyeron a la identificación del caudillo como personaje o como estereotipo regional, ellas son *Nostromo* de Conrad y *Tirano Banderas* de Valle Inclán.

El centro de *Cosas de hombres* se configura con el análisis de cuatro autores. Polit prefirió evitar el transitado camino de las obras canónicas, aunque dialoga con ellas; la selección recayó en Beatriz Guido, Elena Garro, Sergio Ramírez y Mario Vargas Llosa.

Dos mujeres y dos hombres; no se trata de una paridad buscada, sino de autora/es que ilustran adecuadamente la estrategia hermenéutica de Polit; configuran su cuadrivio, la figura medieval que contenía todo lo que debía, y podía, ser sabido. En los cuatro escritores, están los temas que le interesan, la dominación, el género, la autoría, más una cuarta cuestión que articula a todas, que las constituye: la escritura.

Pero Polit no solo se dedica a estudiar novelas, artificios contruidos; los examina, mete la mano en su interior y los da vuelta como un guante, pero también escudriña en las condiciones –sociales y personales– de la escritura de las novelas. El tema es, entonces, por un lado, la saga narrativa sobre caudillos y caciques, y por otro, la visión del novelista como personaje.

Son dos las novelas de Guido que se examinan, *Fin de fiesta* y *El incendio y las vísperas*; la primera es una diatriba contra una clase en ascenso y la segunda la evocación nostálgica de una clase que pareciera desvanecerse. No obstante tratarse, ostensiblemente, de novelas de tesis (Barceló=Perón=Rosas), de literatura *engagé*, Polit valora el carácter visual de la narrativa, la presencia reinventada de los repertorios de violencia, promiscuidad y apuestas (desde los juegos de naipes a la riña de gallos), y que Guido haya acertado con la nota original de conferir una dimensión estética a la representación del poder, esto es, la figura masculina del caudillo.

Recuerdos del porvenir de Elena Garro se sitúa en México, hacia 1920, durante la *guerra de los cristeros* (un intento restauratorio, algo así como *La Vendée*, que son los tiempos en que también transcurre *El poder y la gloria* de Graham Greene). El valor de la novela

de Garro deviene de alterar la tradicional división de los espacios público y privado, lo que le permite *visibilizar* a las mujeres y otorgarles un rol protagónico en el relato.

Del cuadrivio que se postula, *Margarita, está linda la mar* de Sergio Ramírez es la narración más *escrita*, la más experimental. La novela une a dos hombres fundamentales de Nicaragua, Rubén Darío y Anastasio Somoza Debayle, el primer Somoza. La articulación de la literatura con la política posee una connotación especial, porque Ramírez es escritor y político (fue vicepresidente sandinista), y porque el asesinato de Anastasio Somoza García lo comete un poeta, Rigoberto López Pérez., literalmente, una “pluma” que mata. Hay una escena antológica que es plenamente aprovechada por el análisis de Polit. Luego de su muerte el cerebro de Rubén Darío es extraído y conservado en un frasco con formol; dos personas se sienten propietarios de tan augustos sesos, una quiere venderlo a un Museo de Buenos Aires, la otra pretende examinarlo para encontrar secretas claves entre las circunvoluciones, comienza la disputa, en el forcejeo el frasco pasa de unos brazos a otros, hasta que finalmente el cerebro se desliza y se estrella contra el suelo.

En *La fiesta del Chivo* de Mario Vargas Llosa el caudillo que aparece es Rafael Leonidas Trujillo, según Polit, uno de los dictadores más atractivos para protagonizar una novela, ya sea por los más de treinta años que estuvo en el poder, como por una singular personalidad: su megalomanía lo llevó a denominar con su nombre y el de su familia a cuanto fuera posible, y la capital pasó de llamarse Santo Domingo a Ciudad Trujillo (estas prácticas denominatorias también fueron ejercidas por Stroesner y Perón). El mundo ficcional de *La fiesta...* se complementa con el encuadre testimonial de *El pez en el agua*: la lectura conjunta de ambos textos que se realiza resulta reveladora.

* * *

Considero que *Cosas de hombres* es un material de alta recomendación para científicos sociales, particularmente sociólogos, ya que *empiría*, “trabajo de campo”, no debiera consistir tan sólo en la inspección de materiales estadísticos, ni tampoco meramente en los protocolos de entrevistas, sino también en asomarse a los ámbitos de la imaginación y la verosimilitud, es decir, de los relatos ficcionales. Para emprender este viaje el libro de Polit Dueñas constituye una ayuda invalorable.